

EL TRABAJO Y EL HOMBRE

Por ÁNGELA ALDAMA

La Iglesia encuentra en las primeras páginas del libro del *Génesis* la fuente de su convicción, según la cual el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la Tierra. Estas son las verdades que deciden acerca del hombre desde el principio y que, al mismo tiempo, trazan las grandes líneas de su existencia en la Tierra, tanto en el estado de justicia original como también después de la ruptura, provocada por el pecado, de la alianza original del Creador con el hombre.

Cuando el hombre, hecho “a imagen de Dios...varón y hembra” escucha las palabras “Procread y multiplicaos, y henchid la Tierra; sometedla”, experimenta la necesidad de desarrollar una actividad sobre la Tierra.

En la realización de este mandato, el hombre, todo ser humano, refleja la acción misma del Creador del Universo.

La intención fundamental y primordial de Dios respecto al hombre, que Él creó a su semejanza, a su imagen, no ha sido revocada ni anulada ni siquiera cuando el hombre, después de haber roto la alianza original con Dios, oyó las palabras “Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la Tierra...”

Estas palabras se refieren a la fatiga, a veces pesada, que desde entonces acompaña al trabajo humano, pero no

cambian el hecho de que este es el camino por el que el hombre realiza el “dominio” que le es propio sobre el mundo visible “sometiendo” la Tierra. Esta fatiga es un hecho universalmente conocido, porque es universalmente experimentado.

Lo saben los hombres del trabajo manual, realizado a veces en condiciones excepcionalmente pesadas. Lo saben no sólo los agricultores, que consumen largas jornadas en cultivar la tierra, la cual a veces “produce abrojos y espinas”, sino también los mineros en las minas o en las canteras de piedra, los siderúrgicos junto a sus altos hornos, los hombres que trabajan en el sector de la construcción con frecuente peligro para la vida.

Lo saben, a su vez, los hombres vinculados al trabajo intelectual; lo saben los científicos, sobre quienes pesa la gran responsabilidad de decisiones destinadas a tener una vasta repercusión social. Lo saben los médicos y los enfermeros, que velan día y noche junto a los enfermos. Lo saben las mujeres, que a veces sin un adecuado reconocimiento por parte de la sociedad y de sus mismos familiares, soportan cada día la fatiga y la responsabilidad de la casa y de la educación de los hijos. Lo saben todos los hombres del trabajo y, puesto que el trabajo es una vocación universal, lo saben todos los hombres.